

Rosina Moretti, una vida fácil



Un cuento de Raquel Orella



Buenos Aires, 23 de septiembre de 1909 - EL BROWN

NOTA EDITORIAL

En la tarde del 21 de septiembre arribó a la estación de la ciudad de Adrogué, gran parte de lo más granado de nuestra sociedad, la creme de la creme. El motivo: Una fiesta de disfraces por el día de la primavera en el hotel- Las Delicias -. Esta ciudad, cuyo trazado circular sale completamente de la añeja delineación de cuadros, garantizaba la perfección del baile.

La velada transcurrió maravillosamente y todo fue delicioso, como Haciendo honor al nombre del hotel. Finalizado el baile, los asistentes abandonaban el predio por el paseo peatonal. Los disfraces, cobijados por la bóveda celeste, producían el encanto de un cuento de "Las mil y una noches". La calma placentera con la que se desarrollaba el retorno al centro se vio convulsionada. De repente se oyeron dos disparos seguidos de gritos y corridas. Todo fue confusión. En el piso, junto a uno de los maceteros fiorentinos, una mujer vestida de odalisca yacía inmóvil.

Uno de los asistentes, el doctor Arístides Menéndez, dictaminó que el cuerpo estaba sin vida. Al quitarle el velo que le cubría el rostro, pudo identificarla. Se trataba de una prostituta que meses atrás visitaba el Dispensario de Salubridad que el honorable doctor preside. Mas tarde, la policía encontró entre las pertenencias de la occisa una tarjeta de identificación. Su nombre era Rosina Moretti, italiana, de 23 años de edad.

¿Que, hacía una mujer de la calle en un baile de sociedad?. Existe Una prohibición (que evidentemente no se respeta) por la cual estas mujeres de vida fácil no deben frecuentar lugares donde se halla la gente decente. Que, bochornoso que esto haya sucedido en nuestra bella ciudad. Los controles de admisión deben ser más estrictos. Si la realidad nos impone la prostitución como un mal necesario, tenemos derecho a exigir que, al menos, esté, relegado a su lugar: La Casa de Tolerancia. La sociedad civilizada debe protegerse a sí misma.

El editor

Todavía estaba frío en Buenos Aires, las lluvias habían dejado una humedad pantanosa que penetraba en los huesos. Tenía que ir a la Plaza Roma para encontrar a un muchacho llamado el tanito Carolina. Necesitaba saber algo de un tal Amadeo, también italiano, ácrata. En la central me dijeron que era el amante de la prostituta asesinada y que probablemente la hubiera matado por celos. La información venía servida. Si todo salía bien terminaría el caso ese mismo día y el fin de semana estaría pescando en la isla.

Cuando llegué, a la Plaza Roma recordé, que era la Sodoma porteña. Allí se juntaban muchachos de rostros jóvenes, delgados, con labios morados de mujer. Conversaban, se reían, esperaban. Uno con falda colorada me miró con ojos entre buscones y temerosos. Un cadillac con chofer arrancó rápidamente cuando notó mi presencia. Me acerqué, a uno de ellos y le pregunté, por el tano Carolina. Nervioso, desencajado, se alejó señalando el bar de enfrente. El bar estaba desierto. Me acomodé en el estaño. Pedí una ginebra.

Un muchacho salió del baño. Me acerqué y le pregunté, si era Carolina. Me dijo que sí. Me presenté como comisario de pesquisas a cargo de la investigación del asesinato de la prostituta Rosina Moretti.

Le pregunté si él creía que el tano Amadeo la había matado. Me respondió que no, que ni le pensara, que para Amadeo las prostitutas eran lo más honesto de la sociedad y que siempre decía que todos los asalariados se prostituían.

-Le voy mostrar algo - me anunció.

Se puso a rebuscar en el bolsillo de su chaqueta que por ceñida, le dificultaba el movimiento. Por fin, sacó un panfleto que me mostró con orgullo:

Trabajadores unámonos contra el cruel capital! Que se
corten las uñas! Abajo la propiedad
privada!

Están todos convocados al mitin
Bienvenidas las trabajadoras del sexo!

- Además, él la amaba, -agregó- yo los he visto, en aquella mesa - señalando con el dedo hacia la ventana- sentados, sin hacer otra cosa que mirarse. Yo sé cuando la gente se ama, sobre todo si son de mi tierra, Nápoles. El Amadeo nunca la hubiera lastimado.

El tanito Carolina me pidió que lo invitara a comer, me dijo que tenía hambre, que no había sido un buen día. Le pedí al mozo que trajera un plato de puchero y un vaso de semillón. Cuando ya me iba, me dijo tomándome del brazo: -Hace unos meses que ya ni se veían, el Amadeo estaba muy metido en la política y cuando tuvo que elegir entre su lucha y Rosina, la abandonó a ella.

Lo dejé, comiendo y me fui pensando en lo que me había dicho. Tenía sentido. Me dirigí a la central, había que buscar por otro lado. Estaba dispuesto a descubrir ese crimen. Los jefes estaban reunidos pero logré, infiltrarme. Los puse al tanto de mis conclusiones, les dije que no me parecía probable que el anarquista fuera el asesino. No demostraron mucho interés y me despidieron hasta el día siguiente. Me levanté muy temprano, todavía era de noche. Tomé unos mates y salí.

Amanecía con nubes rosadas en Buenos Aires. Cuando dejé, la pensión estaban bajando los diarios. El canillita me dio uno. Habían detenido al tano Amadeo.

No era la primera vez que me mandaban a investigar algo y después hacían lo que querían. Me tomé el día libre: Iría a pescar a la costanera. Decidí que antes pasaría por el prostíbulo donde la víctima había trabajado, me iba a llevar solo unos minutos. Pero mis cálculos fallaron. La casa estaba cerrada.

Volví a las diez. Me atendió la encargada de la limpieza. Tuve que esperar en el recibidor más de media hora. A ambos lados de la puerta, como escondidas entre los cortinados de terciopelo bordeaux, las estatuas de Afrodita y de Leda y el cisne comenzaban a cobrar demasiada presencia. Cuando ya estaba resuelto a irme apareció una mujer rubia, muy delgada. Se presentó como Ida Barzac, regenta de la Casa. Lo primero que me dijo fue que no tenía mucho tiempo. Le pregunté, entonces acerca de Amadeo. Me contestó que Rosina había sufrido mucho por su culpa. Y si pensaba que Amadeo la había matado. Respondió (con una sonrisa irónica) que no lo podría asegurar pero, que si la policía lo decía, debía ser así. De una cosa estoy segura él le rompió el corazón cuando la dejó.

- Que tenga usted un buen día - me dijo, y sin esperar respuesta se dio vuelta y se perdió por el corredor.

Encaré, hacia la puerta. Cuando la abrí me topé, con una mujer que se arreglaba las medias con pretendido aire indiferente.

-Buen día - le dije, sonriendo.

-Buen día - me contestó con un acento muy marcado- Mi nombre es Rosa Pritt.

Me presenté, como José Alvarez, comisario de pesquisas. La invité a tomar algo en el bar de al lado. Ella aceptó excitada.

Yo pedí una ginebra, ella un suisé, un ajeno diluído en agua muy de moda entre las mujeres de la noche. Le pregunté, por Rosina. Una catarata de envidia y odio se precipitó ante mí:

- No le haga caso a esos que dicen que era muy hermosa, no era para tanto.

Se hacía la santa para que le tuvieran pena. Siempre nombrando al Amadeo ese. Nunca voy a entender como hasta a Ida la engañó y con el cuento de que estaba enferma Ida me sacó de su pieza y la puso a ella. Mi virgencita negra me va a castigar por hablar mal de una muerta, pero a mí no me importa porque ahora todo va a volver a la normalidad. Mejor que esté muerta. Se hacía la interesante. Las demás chicas le envidiaban las medias de seda, los vestidos de terciopelo y organza, a mí todo eso no me importaba.

Le pregunté si no era el doctor que le hacía esos regalos a Rosina. Ella apuró el suisé, de un trago y, turbada pronunció palabras en una lengua que no alcancé a reconocer. Temblaba. Llorando, me pidió que no le mencionara nada a Ida:

-Si se entera de que abrí la boca, no me lo va a perdonar nunca.

Le prometí no decirle nada a la regenta a cambio de que ella me contara sobre Rosina y el doctor.

-En realidad, yo no sé nada - me respondió ya algo repuesta- la que vio cosas es la hija de Juana, la que limpia en el prostíbulo, Milagritos.

- Mándemela para acá mañana - le indiqué -. La espero a las once, en la mesa junto a la puerta de la cocina.

Ella asintió con la cabeza, se levantó y se fue.

Volví a la pensión, la dueña me convidó un guiso que calmó el ardor de la ginebra. Las tarariras iban a seguir vivitas y coleando. Me tiré a dormir la siesta.

A las cinco pasé, por la oficina. Busqué la dirección del dispensario al que iban las prostitutas para el control de la sífilis. No estaba lejos.

Decidí ir caminando para poner mis pensamientos en orden. Era una hermosa tarde. Corría una brisa que había secado el barro. Los palos borrachos floreciendo y el aroma de los jazmines, hacían más leve la existencia. Llegué, al dispensario de San José, y Victoria. Pregunté, por el Dr. Aristides Menéndez, una mujer me pidió que esperara. Oí voces de hombres, que venían desde el cuarto contiguo, pero no alcancé, a entender lo que decían. Sólo risas.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta. Un elegante señor de traje se presentó ante mí como el Dr. Menéndez. Le adelantó, la mano. No podría

decirse que me la haya estrechado, apenas la rozó. Me identifiqué. Sin más, le pedí que me describiera el asesinato de Rosina Moretti, a quien según el informe policial, él había identificado aquella noche. Me contestó que él no había presenciado el momento de las descargas y que no le constaba que se tratara de un homicidio.

- Los estudios de balística confirmaron la hipótesis del asesinato - repliqué. Sabrá usted que la impronta de la bala es diferente cuando es uno mismo quien gatilla. Además, fueron dos tiros en medio del pecho. No parece razonable pensar en un suicidio.

No pude dejar de advertir que mientras yo hablaba, Menéndez miraba una y otra vez el reloj que le colgaba del cinturón:

-Si no tiene ninguna otra pregunta para hacerme, -dijo- debo continuar con mis obligaciones.

Me disculpé por robarle su tiempo y abandoné el lugar.

Antes de volver a la pensión, pasé, por la casa de pesca a retirar unos anzuelos "mariposa" que habían traído de Singapur, especialmente para mí.

El miércoles amaneció con lluvia. Amenazaba una sudestada. Los pescadores tendrían buen pique.

Llegué, al bar antes de la hora de la cita. Me tomé, una ginebra en la barra. Después, me senté junto a la puerta de la cocina, tal como le había indicado a Rosa Pritt.

Al rato se me acercó una niña:

-¿Usted es el comisario Alvarez? -preguntó.

Asentí con la cabeza.

-Yo soy Milagros, me manda Rosa, dice que usted quiere verme.

Al sentarse me dedicó una mirada que me hizo bajar la vista. Le pedí que me hablara del doctor que le hacía regalos a Rosina

- El doctor José María es muy bueno, a mí también me dio un regalo, unos guantes de piel color rosa. Las chicas me daban plata para que yo los espicara a Rosina y al doctor, y les contara lo que veía. El es muy buen mozo, tiene unos ojos claros como el agua. Bueno, el venía siempre y se iba con Rosina al salón dorado. Cuando el doctor llegaba yo me metía adentro del mueble. Era seguro que al ratito no más ya entraban. El un día me pescó pero yo no le dije que las chicas me mandaban. Le mentí y le dije que la estaba ayudando a mi mamá. La siguiente vez que vino, como a la semana, me trajo los guantes de regalo, por ser tan buena, me dijo.

-¿Cuando fue la última vez que los viste? -Le pregunté, no sin algo de pudor.

Era aún una niña, doce, tal vez trece años, no más.

-La semana pasada, el jueves. El doctor le dio a Rosina un pasaje de barco.

Yo lo tuve en mis propias manos. Esa tarde sólo se habló de eso en la casa. Pero Rosina le dijo que no, que ella no se iba con él a ningún lado. Después se fueron al salón. Ella se repetía como cien veces en los espejos. El doctor José María la vistió con una bata de seda roja y le soltó el pelo. Yo nunca vi un pelo tan negro y tan brillante como el de ella. Después la empezó a besar por todos lados. Le sacó la bata sin dejar de besarla. Ella quedó toda desnuda. El doctor nunca se desnudaba, hacía todo vestido. Bueno, después ella se subió arriba de él y empezó a moverse como loca, y a gritar: Amadeo, Amadeo, cada vez más fuerte. El la tiró de la cama y comenzó a golpearla. Pero ella no paraba. El se sacó toda la ropa y se acostó encima de ella. Fue la primera vez que lo vi desnudo. Cada vez, los golpes eran más fuertes y los gritos de ella también. Hasta que se quedaron quietos.

El lloraba abrazándola y besándola y ella como si nada, aunque sangraba por la boca. Parecía que quería morir.

Entonces la interrumpí, (ahora caigo en la cuenta de que hubiera podido hacerlo mucho antes). Le puse unos billetes en la mano y le pedí que me dejara sólo.

Ya por la tarde fui a la comisaría. Tenía datos suficientes para hacerlos cambiar de idea respecto de la culpabilidad del tano Amadeo. Pero el jefe no me dejó hablar. Me dijo que el caso estaba cerrado y que dejara de molestar a la gente decente. Entonces comprendí que el doctor Menéndez tenía sus influencias y estaba dispuesto a usarlas para encubrir a su colega. También me confirmaron el rumor que el doctor José María Romero, había partido esa misma tarde a Europa con su mujer, para olvidar “los tristes episodios de aquella noche”.

Todo indicaba que él había llevado a Rosina Moretti a la fiesta y que allí, molesto por la negativa de ella a fugarse con él pero sobre todo, furioso por no poder reemplazar al gringo en el amor de Rosina, decidió extirpar el mal de raíz: el prestigioso doctor le descerrajó dos tiros en el pecho. Si ella no era de él no iba a ser de nadie más.

De todos modos, el caso - como había dicho el jefe- estaba cerrado.

Y como siempre el hilo se cortaba por lo más delgado.

Ese fin de semana me fui a la isla. Pescando, en el muelle, decidí pedir el pase a retiro. No volvería a la ciudad.

Demasiado dolor, desencuentro y muerte para construir la Babel del Sur.